

## sábado y domingo

—No te vayas muy lejos que tu papá no debe tardar mucho en llegar.

Apenas unas cuentas casas dispuestas a desaparecer en la medida que uno se alejaba por la orilla. De repente, después de haber caminado distraído por un buen trecho, me daba vuelta y nada; sólo una línea (la misma) ininterrumpida de mar y arena. Las casas se habían disuelto en la bruma. Todo parecía encontrarse a una misma distancia.

Al caminar de regreso (todavía algunas de mis huellas no habían desaparecido al paso de la resaca), poco a poco las sombras, los contornos iban insinuándose en el horizonte. A la distancia los techos gradualmente terminaban diferenciando su color del resto del espejismo. Luego aparecían las ventanas, o alguien que caminaba hacia la orilla. Pienso entonces que para mi padre debía de haber sido así: un alejarse en la mañana del lunes (su auto avanza levantando una nube de polvo hasta llegar al desvío) y las casas se convierten en una mancha, después en sólo un recuerdo (yo, un recuerdo).

Muchas veces me sentaba (antes de cerrar el portón de madera) a ver alejarse el auto de mi padre. La estela de polvo no había alcanzado a regresar al suelo y ya el ruido del motor no existía. Un minuto más, el color se hacía sólo movimiento, una hormiga a la distancia, un punto que camina cada vez más lentamente. Nunca dejó de sorprenderme aquel instante preciso, cuando basta un parpadeo, después del cual el punto era irrecuperable.

Mi padre llegaba el viernes en la noche o en la mañana del sábado, dependiendo de cómo marchaba el negocio. Su presencia irrumpía claxoneando, repleta de provisiones. Y la casa se poblaba de cajas, canastas, visitas (sobre todo tías). Para acallar el estrépito de la bocina alguien volaba a abrir el portón de madera. El auto, entonces, glorioosamente se estacionaba en el sitio de costumbre. Finalmente el motor callaba. Las visitas eran atendidas; las cosas puestas en sus lugares correspondientes. Mas no sé, la memoria se confunde. Recuerdo que habían muchos perfiles y voces alrededor de la mesa. Hasta el lunes todo puede caber en un murmullo prolongado, inagotable, como la nube de moscas que sobrevolaban las canastas de fruta que mi padre había traído.

Durante la semana mi madre solía acordarse de recordarnos del sacrificio que hace su padre para tenerlos en la playa mientras él trabaja sin descanso. Sin embargo, tal vez fuera el verano o la inocente certeza de que las cosas siempre fueron de la misma manera, desde un antes muy antes, en fin... En ausencia de mi padre la ciudad se encontraba tan lejos como se me antojara, la ciudad y el colegio, el invierno.

Mi padre atendía su negocio y mi madre se iba de vacaciones con los hijos. Su llegada y su partida, supongo, desde un ahora también ficticio, tan sólo traían consigo el atisbo intermitente de un tiempo lejano.

—Acaba de llegar tu viejo. Corre, huevón.

A veces me apresuraba ágil a su encuentro, no sin antes asegurarme de que tuviera el sombrero bien puesto (a mi padre nunca le agradó verme con la cabeza descubierta al sol), anticipando reticente, aunque resignado, el cosquilleo de su bigote a la hora de besarlo, apurando el paso, amenazado acaso por la posibilidad de que mi hermano me ganara por puesta de mano las revistas, las empanadas, las ciruelas, pero antes que nada las revistas. Otras, me demoraba molesto, haciéndome el loco, decidido a no tolerar que con su llegada surgiera una tarea para mí, una responsabilidad que no pertenezca propiamente a las vacaciones, repitiéndome testarudo que en la playa yo estaba libre y nadie me iba a mandar.

Al saludarlo, éso sí, nunca dejé de verificar escrupulosamente lo mucho o lo poco que me faltaba para ser de su tamaño. Y sin darle la menor excusa para pensar que en la playa me había olvidado de cumplir con mis deberes, me adelantaba a ayudar a las empleadas a descargar las cosas del auto.

Con su viejo short, que mi madre quiso siempre tirar a la basura porque se le veía hasta el alma, y su camiseta de huequitos, una vez que mi madre y mis tías se sentaran a conversar, salía al porche y respiraba profundo. Luego su silbido se elevaría jubilar. Mientras tanto, probablemente yo me aseguraba de esconder las revistas en un sitio inexpugnable antes de marcharme.

En la orilla la mañana y el grupo crecían un tanto tímidos por las nuevas caras, los amigos y primos y demás parentalía que venía por el fin de semana (la pelota saltaba por la arena). Llegado el momento nos iríamos caminando hasta dar con el espacio ideal sobre el cual construiríamos dos montículos de arena aquí; dos mucho más allá. Si la marea estaba baja la cancha de fútbol se extendería gigante sobre la playa perfectamente nivelada, virgen. Alguien escogía los equipos. La pelota no dejaba de rodar de pie en pie.

Con la siesta no se juega; con el mar tampoco. Todo depende de la inspiración de mi madre y la facilidad o dificultad de mi padre para expurgar los gases. Por un momento, casi eterno, todos nos hemos sentado alrededor de la mesa. Los días de olvido, acaso voluntario, de

espera, pretenden ocultarse detrás de las voces, de los recuerdos traídos de las orejas por tías más o menos aburridas y memoriosas.

No falta nadie en la mesa (mi hermano se demoró por ahí pero ya está en su sitio). Tal vez sobran algunos. Luego las voces de ellas anegarán la tarde. Y el sueño de él se alejará por su lado. Pero el tiempo de estas tardes es el pasado. Se debería escribir, hubieron en una época de verano tardes que se olvidaron sostenidas por la voz de mi madre o de ellas, y que tal vez no las recordaría si mi padre no las hubiera marcado con el gesto de su bigote.

—Ya les he dicho, no me cuenten nada; estoy hasta aquí de problemas. Háblenme de cosas alegres. Estoy cansada de que me vengan con que mi hermana esto, mi cuñado esto otro, mi primo lo otro. Al final yo soy la que termina incomodándose por los demás sin atinar qué hacer. Y ellos como si no me hubieran contado nada. No señor. El doctor me ha advertido que es necesario que mi libere de las preocupaciones, todas. A mí me debería dar una enfermedad tan conveniente como la de mi marido. El vive feliz con su sordera, encantado de la vida. En cambio una carga con todo el peso y termina enferma. Hace tres meses el doctor Menéndez me dijo, sus nervios, señora, están como alambres pelados. Pero si la mujer se tira a dormir la casa se viene pundungún abajo. Además...

Gracias a la puntualidad de mi padre, mi hermano y yo teníamos casi garantizado el escape de la mesa. Después del postre y antes del té (los sábados siempre había postre) mi padre anunciaba su partida a contrapunto, por encima o por debajo de las voces de ellas, recitando los titulares del periódico (primero la voz vigorosa y paulatinamente más débil, hasta llegar a ser algo menos que un susurro ahogado). Obrero cae del sexto piso, denuncian comercio sexual de presos (papi ¿qué es comercio sexual?) Ministro descarta contaminación de playas, Cosmos al borde del colapso y ya su voz desinflada ocultaba las palabras.

Satisfecho de la lectura, confiado en que las cosas eran como siempre habían sido, se paraba de la mesa.

Cuando era más niño solía perseguirlo para que me leyera la tira cómica de los diarios, una revista de Tarzán o El Llanero Solitario. Luego que aprendí a leer descubrí lo mucho que mi padre cambiaba las historietas de acuerdo a su humor o a la premura del sueño. Aprendí a verlo alejarse solo, con el periódico bajo el brazo. Y el después del almuerzo se cubría de un tedio a muchas voces, parecidas pero inconfundibles entre sí, de las cuales mi padre se despedía, un poco a la distancia pero certeramente, con un erupción o un pedo.

Su siesta lo esperaba, su sillón (su perezosa en la playa), su periódico. Al verlo alejarse era inevitable que buscara los ojos de mi hermano para esperar la arremetida de la ametralladora. El cañón de papá era infalible.

—Si vieran lo bien que me funciona el estómago en la playa. Aunque esta semana ha sido difícil, nada todavía. El sueño, en cambio, cada día mejor. Claro que los fines de semana me cuesta acostumbrarme a los ronquidos de mi marido; pero no me puedo quejar. Y no se imaginan a cuántos especialistas he ido a ver. El Dr. Veccaro que es una eminencia en Neurología, es más, es aficionado a la medicina folklórica, como le dicen ahora, y que me vio a finales del año pasado cuando fui a Lima al matrimonio de mi sobrino Carlos, ay Dios mío, cómo le malograron la ceremonia a mi sobrino. Mi cuñado, con lo fosforito que es, ya se imaginan, estaba que reventaba, y como había insistido...

Pero no siempre partía a la carrera con mi hermano, riéndonos sigilosamente. Con toda la seriedad que mi reciente masculinidad me permitía, a veces me quedaba entre ellas obedeciendo un secreto deseo que adquiriría la máscara de un agente disfrazado de niño.

Nadie podía sospechar de mí, ni tenían por qué sentirse intrigadas por mi presencia. Mi padre que dormía a pierna suelta, tan sólo aparentaba sus ronquidos, ocultando lo mejor posible su desesperación por poseer la información que yo obtenía mejor que los espías de las películas.

Cuando mi tía Olga decía que no había maldición más grande sobre la tierra que los machos, yo paraba las orejas. Lo mismo cuando mi madre contaba cuentos sobre mi papá, o cuando mi tía Gladys, siempre exaltada, requintaba contra los maricones. Según ella, eran unos enfermos, unos desquiciados (todavía en aquel entonces no tenía idea de lo que significaba ser un desquiciado pero se me hacía algo más allá de lo terrible, como una enfermedad incurable), de los cuales había que proteger a la juventud. Y me miraba con la *ud* de juventud. Era de esperarse entonces, si es que mi madre no decidía ilustrar la conversación con una anécdota de su repertorio, que mi tía Olga volviera a la carga con nuevos bríos. Luego mi tía Gladys, que nunca se quedaba atrás, acaso insistía con que no hay hombre más hombre que un hombre alto, moreno, delgado, elegante, creo que decía, con el bigotito bien recortado y con botas de montar a caballo (no recuerdo si el caballo tenía que estar presente o si bastaba con las botas.)

—Yo siempre que puedo les digo a mis hijos que se metan de militares cuando sean grandes. Las pasan de maravilla; y si hay guerra, por lo menos mejor que el resto. El hijo de la Mercedes Carreño, si lo vieran, ya es capitán. Todos los años se la lleva a su madre al sitio donde esté destacado. Como toda la vida lo están cambiando de aquí para allá y de allá para acá, la Mercedes, quién lo dijera, así como la ven vendiendo fruta en el mercado, ya se conoce prácticamente todo el Perú. Claro que eso de andar como gitanos tiene sus desventajas; pero no les falta nada. Ojalá que uno de mis hijos llegue por lo menos a general con la ayuda del Señor de Locumba. Aunque sí...

Entre la voz que dibujaba los detalles, dentro los cuales se perdía la

anécdota, y la presencia que roncaba en su puesto de costumbre, el tránsito del espía se quebraba en pausas inacabables. De la mesa del comedor al porche donde él reposaba, la desorientación solía imponerme la casi urgencia de marcharme a la carrera hacia la orilla.

Alguna vez insistí, acaso, en diferenciar los límites de la invención que mi madre había formulado con lujos de detalles frente a sus amigas; en qué punto comenzaba o terminaba la persona de carne y hueso con la que inevitablemente me cruzaría camino a la playa, sólo para avergonzarme de mi risa y la de las demás. Echado en la perezosa, con las piernas sobre una silla, imitando la curva de un puente colgante, mi padre descansaba. Todo parecía indicar que él era el personaje, el centro y el foco del cuento, de la atención, las risas. Pero no era del todo así.

Mientras caminaba hacia la orilla no era extraño que pensara en su presencia como en una ilusión óptica. Un truco de cámara le había otorgado la capacidad de cobrar vida, independiente de las palabras de mi madre, por dos días acaso.

—Mejor no hablar de cómo murió el compadre Sebastián porque éso sólo lo sabe dios... ay, a toditos nos agarró de sorpresa. Y el velorio, uy, nadie faltaba. Hasta el hijo que vive en Santiago, el casado con la chilena medio loca, aquella que hace unos ocho años tenía un salón de belleza en la calle Zela, frente adonde nosotros vivíamos antes de que se muriera la mamá, hasta el caimancito estaba presente con su mujer que no se habla con la suegra. La comadre, éso sí, estaba que no se podía parar. Tantos años junto al compadre. Y el compadre no era un santo que digamos, y bien mano larga, carajo. Pero la comadre siempre sufrida, aguantadora. Qué paciencia de mujer dios mío. Tan buena la comadre. En fin, dios nos dé fortaleza a todos. Pero lo mejor de la noche llegó cuando a mi marido le vino la bicicleta. Ay Señor...

Cuando las musas acudían dadivosas, prefería irme solo hacia la orilla. Sabía que su voz me perseguiría por una buena parte de la tarde. Entonces, ta vez deseara que la casa palpitará mientras la miraba desde lo lejos, hincharse y desinflarse como en los dibujos animados, cuando Popeye se echa a roncar.

Sentado sobre una roca, con los pies en remojo, y los pescaditos mordéndome las plantas esporádicamente, como haciéndome cosquillas, recordaba su voz retomando nuevamente la historia (un cuento que mi madre había contado miles de veces, siempre de manera distinta, y que la memoria ha cambiado añadiendo y quitando lo que le conviene). La voz avanzaba con las pausas acostumbradas para acrecentar el suspenso y dar tiempo para que cada una de las presentes suelte su interjección preferida. No tenía que recordar que mi padre dormía.

En ciertas partes del relato el recuerdo de su voz ocultaba el golpe incesante de las olas contra las rocas, transportándome, como quien carga a un niño, a los momentos culminantes de mi padre en el velorio del

compadre Sebastián Viacava.

Los detalles y explicaciones que no me interesaran habían sido evacuadas del momento. Podía entonces conducir la voz para que me guiara de frente al grano, dirigir la entonación a mi santa gana y luego abandonarme a ella, entrar de lleno al momento indicado y escuchar los ruidos que salían del baño contiguo al salón donde se encontraba el finado, la pujazón, la ametralladora infalible, demoledora, el estruendo de la caca estrellándose contra el agua en reposo y las salpicaduras bañándolo todo, los pantalones, el calzoncillo, el piso, el espejo, el lavabo. Para colmo de males ya no quedaba papel higiénico. Y mi madre acudiendo al llamado urgente, desesperado, que mi padre articulaba a viva voz entre ese mar de ruidos, no queriendo y no sabiendo dónde meter los ojos de la gente que la perseguían, acomodando los gestos para la ocasión, sujetando la mirada fija sobre el muerto, escuchando con una claridad solemne cada detalle y matiz de los ruidos provenientes del baño, pasmada ante la riqueza tonal de los estruendos y la inconmensurabilidad de los efectos especiales, caminado doliente y recogida, como si ella fuera la viuda y el muerto el que estaba en el baño.

A esa hora de la tarde podía imaginar o recordar sólo lo que su voz me permitiera. El agente secreto se remojaba los pies, acaso riéndose (no había testigos que certificaran el gesto de su rostro), mirando hacia la casa que no palpataba.

—Te imaginas de qué porte la debe tener dios.

—No más grande que la mía, huevón.

—Chucha su madre este huevón siempre hablando huevadas.

—Lo que sí, puta madre, cómo le han crecido las tetas a la Ceci desde el verano pasado. Están como para...

—Guarda, compadre, ya la tengo reservada. Me la voy a criar a mi medida. Puta, aunque su viejo es una mierda, huevón.

—El viejo más feo que la mierda y la hija...

—Y vas a ver cómo termina casándose con un cojudo mas feo que...

—Pero con plata, carajo.

Podía ser un buenas noches, tímido, ligero, así, de pasada, pretendiendo sugerir que estoy cansado, deslizado los pies furtivos por el pasadizo oscuro, o sentarme silencioso al borde de su cama, a la espera que nuestras voces se reconocieran. Mis hermanos ya se habían acostado, sólo el capricho de la marea entrando por las ventanas (en la playa ya no quedaba una sola luz encendida), nadie más.

Ella me esperaba sin importar la hora. Nunca pudo dormirse hasta que

todos estuviésemos de vuelta en casa, que la lámpara de kerosene estuviera apagada, la puerta bien cerrada. Recuerdo que mientras ella se acomodaba las almohadas detrás de la espalda, yo pretendía acallar, domesticar, acomodar a mi manera, supongo, los atisbos y ecos de lo vivido en la orilla hasta apenas un minuto antes de pasar o entrar a su cuarto, antes de cerrar la puerta de la casa hasta la mañana siguiente. Y las palabras se ocultaban prohibidas, maleducadas, impronunciadas con cosas que nunca sabría cómo contárselas a mi madre, que nunca mencionaría en su presencia o de los mayores. Era inevitable que tartamudeara entonces, que mintiera.

Mas sólo son verificables la espera de mi madre y el sentarme al borde de su cama. Lo demás es un querer calladamente y a veces, por casualidad, descubrir que se escapó una palabra, una pregunta, una confesión inusitada entre el lunes y el viernes.

—Lo que tienes que hacer es besarlo despacito, poco a poco. Empezar por la boca. Resbalarte hacia la oreja. Doblar por el cuello. No seas cojuda, Elenita. Y bajar por el pecho, lentamente, saboreando cada músculo del huevón ese, más y más, hasta dar con el músculo central...

—Ya no te pases. No puedes decir nada sin ponerte pesado, idiota. Además tú sabes que el Carlos no me gusta para nada.

—¿Sabes el chiste del enano?

—Putá madre, ya lo has contado como cien veces, huevón.

—¿El del concurso de putas?

—Mira, cuenta nomás. No le hagas caso a este espeso.

Le había contado apresuradamente (tartamudeando) que me gustaba la Cati, claro que sólo como amiga; y la Ana y la Elena; pero sólo como amigas. Todas eran mis amigas y no tenía la menor idea (mentira) del tipo de chica que me gustaba.

No, no era fácil hablar de estas cosas con ella, vertir las palabras como si lo conversado hubiera ocurrido hace mucho tiempo, protegido por la distancia en el tiempo, como ella solía contar sus cosas. Mucho más difícil aún contestar sus preguntas cuando más resignado me encontraba sólomente a escuchar.

Y aquella noche tuvo que sorprenderme con aquello que menos esperaba. A mí nunca se me hubiera ocurrido atreverme a preguntar por el tipo de hombre que a ella le gustaba. A mí no y la respiración me enredaba las sílabas, la lengua era un trapo repleto de nudos, disimulando (sin contestar) cualquier sospecha, con mi mejor sonrisa de niño bueno, de que hubiera en mí el menor interés por el sexo o el sexo opuesto.

Al Tito le gustaban flacas (delgadas, decía él), altas, de pelo castaño. A Kirós no le importaba realmente el físico (lo importante es otra cosa, repetía). El Juan las prefería tetonas, con un buen par de mamaderas, creo que decía, y piernonas para ponerlas patas al hombro, con una cinturita de este tamaño. A mí me estaba empezando a gustar la Elena. Sin embargo no me atreví a mencionar su nombre frente a todos; no

hubiera faltado un bocón y queda la cagada. Tan sólo me permití afirmar, categóricamente, que para mí no había nada como las negras y punto carajo.

Mas yo me encontraba sentado en la cama de mi madre. Y no era precisamente el Juan quien me había hecho la pregunta.

La elocuencia del silencio y la parálisis de la lengua socavaban rumores a la marea entrando por la ventana. Tal vez pensaba en la Elena, en lo mucho que me gustaría agarrarla por ahí, una noche, con todos los dientes. Tal vez absorbía cabizabajo, tratando de reírme, mi autoinflingida incomprensión del mundo. tal vez no pensaba en la Elena ni intentaba reírme y acudía oportuno al estoy cansado, mami. Todo para que ella me sorprendiera una vez más, en el momento en que mi disponía a cargar con la humillación de mi retirada.

La escuché de reojo primero, temeroso de que fuera una treta para seguir insistiendo en algo en lo cual yo no podía; pero luego su voz fue cuidadosamente haciendo suya la respuesta. Sus palabras, sin apuro, procedieron a dibujar sus facciones, definir el porte de sus hombros, el contorno de la silueta, el detalle de los brazos, el atuendo.

No se parecía en nada. Con melancolía ella iba llenando los vacíos que mi imaginación no se atrevía a cubrir. Era una noche de semana, cualquiera. Y el sábado llegaría quien no es. El fin de semana, inimaginablemente lejano hasta aquel momento, irrumpía, apretaba los días y las noches, ya era mañana mismo.

La noche se hizo muy tarde de improviso. No creo que pude decirlo; pero no sé de dónde me salió, casi inaudible, el buenasnoches mami.

—Qué rico es pajearse mirando las estrellas.

—Putá madre, que a ti se te para hasta mirando las piedras, huevonsio.

—Mira, esa es la Cruz del Sur.

—Y este cojudo ve cruces hasta en la sopa.

—¿Qué crees tú que es más pecado? ¿pajearse o cacharse una hembra?

—Más pecado es hacer preguntas cojudas.

—¿No te pasa que en la playa te pajearas menos que en la ciudad?

—Putá que son unos enfermos de mierda. Sólo saben hablar de sexo, carajo. Todo lo que tienen que hacer es aguaitar por la cerradura cuando sus viejos y sus viejas se acuestan.

Ella no siempre fue tan esquiva a bajar a la playa. Recuerdo caminatas largas y soleadas a su lado, con otras amigas y sus respectivos hijos e hijas, y eso que a ella nunca le gustó el sol. Incluso mi primer recuerdo (si es que puede haber tal cosa) brota de una mañana en la que ella me enseñaba a disfrutar del mar. Yo lloraba a rajatabla, todavía sin palabras, embriagado y temeroso por la sensación de las olas levantando mi cuerpo insignificante, sólo sabiendo aferrarme a ella, confiándome a sus brazos sin dejar de reclamar, babeando un horizonte en constante movimiento.

Mas con el transcurso del tiempo, y en la medida que los hijos aprendíamos a regresar a casa apenas para comer y dormir, ella fue

bajando menos a la orilla.

Hubieron temporadas completas en que nunca salió de la casa, salvo para ir donde mi tía Carmen, veranos en que no pisó la arena. Fue durmiendo menos, también; y, según los demás, empezó a sufrir de los nervios. La playa era recomendable para su salud; pero ella sólo la miraba de lejos, desde la ventana, supongo. Tal vez por eso, quién sabe, cuando la lengua reclamaba un poco de paciencia, de aire para sus nudos, de menos miedo, se me daba por contarle las cosas de la playa, tartamudeando menos.

Empezaba por el agua. Y poco a poco lo bueno y permitido se abría camino; el temor a ofuscarla cedía. Avenzaba del mar a la orilla; de la orilla a la gente. Cuando había logrado alcanzar cierta confianza con los latidos de mi lengua, a veces me aventuraba a narrar mi mejor gol de la tarde o el menos —grosero, hubiera dicho ella— de los chistes contados esa noche en la orilla.

Casi antes de retirarme a dormir, de vez en cuando me permitía el lujo de reclamar su presencia en la playa. Esbozaba una invitación, casi una queja, asegurándole de antemano todo un conjunto de emociones que iba a sentir a la hora de meterse en el agua.

Entonces cómo no recordar aquella vez, en que me salí con el gusto de verla gozar como ella me había enseñado. Puedo suponer que el verano llegaba a su fin, y que no aguantaba la idea de que regresáramos a la ciudad sin que mi madre se hubiera bañado una sola vez en el mar. Aunque quizás fueron muchas y no una vez, como quiero recordar, o en diferentes veranos.

Pero en aquella tarde no había nadie en la orilla. No hacía mucho que el sol se había metido. Sé que la acompañe contento y entusiasmado hasta la poza, que no me perdí un solo instante, cada salto, brazada o risa suya. De regreso (el cielo estaba morado y las lámparas de las de más casas ya se habían encendido) ella tiritaba sonriendo, agarrada de mi brazo, prometiéndome meterse en el mar todas las tardes que le quedaban al verano. Pero pasó mucho tiempo hasta la próxima vez. O creo que no lo volvió a hacer hasta el verano siguiente; no sé, quizás nunca más. No recuerdo.

—Para mí no hay como los pelícanos.

—A mí me gustan pero no tanto; son muy feos.

—No estoy hablando de bellezas, cojuda. Se trata de otra cosa. Si yo pudiera ser un animal sería un pelícano.

—Como tienes la cara de pelícano, más que seguro que al morirte te vas a reencarnar en uno. No te preocupes.

—A chucha, estás melosísima esta noche. Seguramente te bajó la regla.

—Ya, carajo. ¿Por qué no se besan y se dejan de tanta huevada?

—¿Quién? ¿yo? ¿con este idiota?

Al caminar de regreso a casa el cuarto de mi madre fue siempre la escala anterior, no sé si obligatoria, a los sueños. Nunca pude evitar

detenerme; aunque fuera un breve instante, lo suficientemente largo para verificar por lo menos que la noche podía proseguir su curso, todos estábamos en casa. Mientras los pies se hundían en la arena, mientras cerraba la puerta y clausuraba la casa hasta la mañana siguiente, el perfil de su sombra nunca totalmente dormida, atenta al menor ruido nocturno, imponía su espera.

Noches, espera, el cuarto con la puerta abierta y la ventana que da al mar también se apagan, desaparecen. La memoria me dicta que mi paso era mucho más lento en esas otras noches sin escala. El fin de semana anochece mucho más el camino hasta mi cama, más lleno de sombras y respiraciones. Supongo que el sábado igualaba las cuentas del aquí con el allá. Al olvido voluntario de los de todas las noches había finalmente llegado, en el tiempo predispuesto, la amenaza de la ciudad.

La costumbre me dejaba adivinar el camino hasta mi cuarto en la oscuridad. Al pasar por su puerta, casi me detenía pero no. La puerta estaría cerrada por unos días, nada más.

Prender el carro era un gran logro; aunque siempre fue más difícil pedirle las llaves, o darle marcha atrás cuando ni siquiera se sabe darle para delante. Pero aquel verano yo estaba decidido a aprender a manejar.

Esperaba ansioso la mañana del domingo, dispuesto incluso a no comer pan con mantequilla y mermelada en mi desayuno, imaginando apresurado, acaso todavía soñoliento, el auto devorando el paisaje playero bajo mi completo control. No, cuando soñaba despierto, no me acordaba de la presencia de mi padre sentado a mi lado, dándome instrucciones, casi manejando por mí.

Como todo domingo veraniego, el día comenzaba populoso. Por lo general había que hacer cola para entrar al baño y esperar turno para sentarse a la mesa. Las horas también parecían avanzar en mancha, o tal vez era sólo la emoción de manejar el auto de papá lo que desfiguraba el tiempo. En la espera del momento ideal para pedirle las llaves se me podía ir toda la mañana, maquinando, rumiando la estrategia más apropiada a seguir según el genio que mi papá se gastaba ese domingo.

En el fondo, supongo, se trataba de pedirle sin pedirle (casi todo dependía de mi precisión). A veces tan sólo me atrevía a esperar silenciosamente a que él insinuara su deseo, así fuera de la manera más vaga, de ir a otras playas a comprar pescado o mariscos para el almuerzo. La huevada era que si quería parecer respetuoso y acomedido corría el

riesgo de que no me escuchara, ya sea porque en realidad no me escuchaba o porque, como decía mi madre, se hacía más sordo cuando no le convenía escuchar. Y si gritaba, podía pensar que estaba exigiendo, demandando sin el debido respeto que se merece un padre. Sin querer la cosa queriendo, sincronizaba mi intervención ofreciéndome con controlado entusiasmo como chofer para la travesía.

Casi sin pronunciar palabra, amparado en la idea de que en todo caso no me iba a escuchar, saltaba de mi sitio, dejando mi taza de café con leche hirviendo milagrosamente vacía de un solo sorbo. Ya terminé el desayuno, papi. Y mirándolo apenas, diciendo sin decir te caliento el motor, papi, corría en busca de la llave de mierda metida en el bolsillo izquierdo del pantalón tirado sobre la silla del cuarto.

Otras veces, sentado frente a él (mi madre siempre a la cabecera), insistía en capturar su atención, acaso sugerir, con timidez persistente, si es que presentía que era una mañana para efectuar semejantes lances o la espera se prolongaba sin tregua, un pequeño viajecito dominguero, que vinieran algunas de mis tías a dar una vueltita, papi, mira que mi tía Amalia no va a regresar hasta el próximo verano, lo mismo mi tía Olga.

Por supuesto, ahí también están aquellos domingos en que la espera se derritió cabizbaja, para nada, cuando mi padre dejaba en claro, de la manera menos clara posible, con un gesto impreciso pero definitivo y muy bien disimulado por el bigote, que no, mientras las voces se multiplicaban, las sillas se apiñaban alrededor de la mesa, sin apelación posible. Entonces no era vano pensar en el lunes, mañana, de todas maneras mañana, carajo.

Siempre pensando que me olvidaba de algo (de mucho), que no estaba cumpliendo con todas las indicaciones y consejos que él había elaborado, perfeccionada y certificado a lo largo de cuarenta años frente al volante, y miles de miles de kilómetros recorridos sin un solo rasguño (bueno, uno, pero no fue culpa suya), me acomodaba en el auto, Al girar la llave y encender el motor, todo dejaba de existir, todo lo que no reposara sobre las cuatro llantas, salvo los consejos de mi padre, su mirada también, que sin mirarme me seguía desde la mesa por entre el humo de la leche caliente y las voces (desde donde se estacionaba el auto se podía ver la cabecera y el lado izquierdo de la mesa, mi padre me daba la espalda). Entonces, con el cambio en neutro, el freno de mano a fondo, me bajaba del auto con la franela en la mano, silbando, dispuesto a sacudir el polvo del cuerpo metálico, de paso que dejaba transcurrir los tres minutos de calentamiento obligatorio que el motor requería (casi me olvido, antes de encenderlo, debía de haber revisado el agua y el aceite).

Tal vez haya habido autos mucho más grandes y limpios que, alguna vez, cruzaron mi conciencia; pero, y supongo que estos es prerrogativa de cada hijo, ningún otro podrá competir, ni lejanamente, con la inmensidad impecable del auto de mi papá. Como su hijo, mi obligación

no sólo se limitaba a heredar un profundo respeto por la apariencia y salud del móvil, sino cultivar algo mucho más rico y complejo que sólo él sabía dar forma tangible con sólo pronunciar la palabra piloto. Un buen piloto hace esto, o esto otro, o nunca hace aquello. Y la palabra, en la medida que la repetía, crecía de tal manera que englobaba el coche, la gasolina, los pasajeros, el garaje, hasta las casas y las carreteras, incluyendo las calles y sus paseantes. El mundo podía dividirse con suma facilidad entre aquellos que eran y no pilotos. Aunque una cosa era manejar y otra muy distinta merecer el título que sólo mi padre podía otorgar, que sólo en sus labios adquiriría el peso que se me trepaba por el cuello, haciéndome casi imposible voltear la cabeza para mirar la puerta del garaje por donde, milagrosamente, aquel universo con sus ocho cilindros y todo, supuestamente iba a pasar sin mayores complicaciones.

Mientras sacudía, el ruido del motor, perfectamente afinado, me ayudaba a no prestarle atención a las voces que venían de la mesa. Sin embargo la voz de mi tía Olga, la que se sentaba justo en el lugar desde el cual podía ver toda mi faena de aspirante a piloto y la más preocupada de mi precocidad en asuntos automovilísticos, alteraba la perfección mecánica del sonido que llegaba hasta mis oídos. No faltaba más. De manera altruísta y didáctica, ella se encargaba de advertirle a mi padre (como si él la escuchara) sobre los peligros que entrañaba el darles con demasiada facilidad tanta libertad a los niños desde tan niños, que lo único que hacen es hablar porquería y media, fumar hasta perfer la conciencia, enamorarse de la primera que ven, gastarse toda la plata a la que pueden echar mano, y que dándoles el carro estamos premiando, en vez de castigar, sus malacrianzas.

Mi madre, en cambio, no se metía en ese tipo de maniobras; reservaba su participación para cuando fuera estrictamente indispensable. Según ella (y en estos asuntos siempre dejó en claro que no tenía nada más que decir), la manera como mi padre enseñaba era la mejor manera de asegurarse de que nadie aprendiera a manejar. Aunque a veces no podía reprimir el deseo de evocar aquella vez, única y decisiva, cuando decidió probar suerte con mi papá como profesor. Y si las musas en aquellos momentos la acompañaban,, aparte de mis tías, podía ser que la anécdota se revistiera de cuento, de detalles y efectos sarcásticos conmovedores. O tan sólo limitarse a sonreír, ocultando una desilusión, apenas mencionando esquivas, aquella vez en medio del arenal, a la salida de la ciudad, cuando se bajó de la camioneta de mi padre y le tiró la puerta en las narices para nunca jamás.

Recuerdo que en al momento apoteósico de sentarme definitivamente en el puesto de mi padre, una vez transcurridos los minutos de calentamiento para el motor, en el instante de cerrar la puerta (en aquella época estaban de moda los viajes a la luna y, según mi imaginación, lo que iba a intentar merecía sino más, la misma consideración) le reservaba a mi tía

Olga la más jijuna de mis miradas que atravesaba desafiante el pequeño patio que separaba ilusoriamente el comedor del garaje. Contestatario, por si acaso ella creyera que yo me dejaba así nomás, pretendía hacerle añicos el sueño de ver cómo me sacaba la mierda, y cómo luego mi padre de un solo grito me dejaba sordo y sin propina para toda la vida, sin permiso para ir al cine cuando regresáramos a la ciudad, hasta que termine de pagar hasta el último centavo del auto de mierda y la chucha de su madre de la puerta del garaje que me la llevé en forma.

Si desde afuera el auto impresionaba por su tamaño, desde adentro era más justo pensar que se trataba de un barco. Listo y sin excusas para retroceder, lo primero que me correspondía era aparentar un absoluto control sobre aquel universo rodante. Mirarla de reojo a mi tía Olga por lo general ayudaba. Pero al mirar por el retrovisor era imposible no dudar. Ni cagando, la tremenda huevada esa ni cagando pasaba por aquella puerta, huevón. Y el timón se me deshacía, huevón. No, no era el timón sino las manos que me sudaban como la puta madre, huevón. En ese estado y en aquel punto, con la seguridad de que un movimiento en falso y mi padre pondría el punto final a tanta pendejada, era necesario, imprescindible, silbar generosamente, permeando de paciencia el desenlace de la acción.

Había que embragar a fondo; pero aun así, nada garantizaba nada. En varias oportunidades, con todo el peso de mi cuerpo sobre el embrague, a la hora de meter el cambio, al carro de mierda se le daba por cruzir (ni mirar en la dirección de mi tía Olga). Pero qué mierda. Rogando a todos los santos para que la caja de cambios se dejara de huevadas conmigo, procedía, remedando el gesto que mi padre hacía con la boca a la hora de meter el retro. Claro que si la palanca entraba libre de ruidos no tenía tiempo ni ánimos para festejar el triunfo. Una vez hecho el cambio, aquel mundo aguardaba impaciente por salir del reposo.

Las iba a cagar; no las iba a cagar. Lo importante era mantener el sentido de la perspectiva y sincronizar el movimiento del acelerador con el embrague. Tan sólo se trataba de atravesar el portón, gran huevada. Una vez afuera podría respirar con más tranquilidad. Acaso yo también podría alejarme a toda velocidad observando por el retrovisor la estela de polvo que oculta las casas cada vez más pequeñas.

Pero no siempre pude crucé aquella frontera. Y alguna vez, agobiado, tembloroso, estuve a punto de renunciar a nunca más a tocar el auto de papá.

El punto había desaparecido.

Era cosa de seguir caminando, tal vez queriendo perseguir aquello que se perdió así nomás, como si su obligación hubiera sido desaparecer. Lejos de todo, sin puntos de referencia, salvo la orilla, acaso daba igual que le escribiera o no una carta de amor (sobre la arena), con el dedo índice, con el meñique, con un hueso de gaviota, con el pie a la Elena, la Caty, a la Ana, dibujando la letra, rematando con un corazón flechado, unas gotitas de sangre cayendo, sin temor a que alguien las lea. Nadie hubiera llegado hasta ahí. Las palabras se borrarían solas. La próxima vez que regresara hasta ese punto, mucho más allá desde donde las casas desaparecen, ya no estarían.

Había conseguido sin mucho esfuerzo que mi padre me prometiera traerme dos revistas de Arica, que me dejara sacar el auto y darme unas vueltas, quiero recordar que a toda velocidad, por la parte de atrás de las casas. Mi madre, al terminar de hacer la lista de víveres y antes de que mi padre se metiera al auto con todas mis tías, le había reclamado un beso. Mi hermano hasta el último momento estuvo recordándole el nombre de las revistas que quería.

Así comenzó el lunes (anticipando silencios). Así comenzaron muchas mañanas del día siguiente al domingo, mañanas de despedidas. En ese entonces, creo que me molestaba que me molestara su partida, su ausencia, cuando de igual manera y con las misma intensidad deseaba fervorosamente que el sábado nunca llegara, que no interrumpiera mis vacaciones de esa forma. Pero nunca, y acá seguramente exagero o miento, me permití una lágrima de ida o vuelta.

Al caminar de regreso, la mañana me mostraba un nuevo rostro del mismo paisaje, libre de gente que está en la playa pero no se olvida de la ciudad. Sólomente quedaban los de todos los días. En la medida que mi paso les permitía a las casas recuperar su forma en el horizonte, el tiempo también cedía. Era sólo un lunes; faltaban años para el próximo fin de semana.

Era la casa del Juan, también, donde nos juntaríamos bajo la sombra de su fachada, instintivamente. Y sin mayores preámbulos hablaríamos de las cosas de siempre, sin necesidad de contar todo esto que acabo y no acabo de contar. Los papás de todos los presentes se habrían marchado. Qué chucha. En aquella época habían otras urgencias que lanzar en palabras, que acometer, protegidos por nuestra complicidad veraniega. Dependiendo de infinitos factores, los chicos y las chicas nos juntaríamos o separaríamos después, antes o durante el baño de la mañana. Podía ser la pelota de fútbol o el deseo de repetir aquella vez, no ésa sino la otra, huevón, cuando me bañé, mejor dicho, cuando nos bañamos juntos la Elena y yo.

Para cuando llegara la hora de la siesta no quedaría un solo despojo de fin de semana sobre la cubierta de aquel tiempo liso, sin marcas, en el que

todo es un día nunca igual al otro. El lunes nos remitía a la isla; nos devolvía su magia, unas casas tiradas sobre la arena y nadie ni nada más para siempre.

El baño de la tarde tan sólo confirmaría el tránsito de un tiempo sin interrupciones ni testigos. Mientras caminaba de regreso al caserío, supongo que simplemente escuchaba el mar en mi oreja izquierda y la sucesión de un mañana de lunes que se abría sin cerrarse. A lo lejos divisé las figuras del Tito y el Willi pateando la pelota. La Rosa y la Elena y la Caty conversaban sobre las rocas mientras cuidaban a los hijos de la Coca.

—¿Cerraste bien la puerta?

No creo que fuera extraño que escuchara la voz de mi madre, también. En la noche, como de costumbre, sería difícil encontrar las palabras en común. Pero ella, infaltable, me estaría esperando. Mis hermanos dormirían; no quedaría una sola luz encendida en toda la playa.

w. enrique lizárraga

University of California, Los Angeles

Mayo de 1984